II Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo A
Cordero de Dios y Luz de las Gentes

El mensaje de este domingo nos ofrece dos elementos fundamentales de la identidad y de la misión de Cristo, presentándolo como "**Cordero de Dios** que quita el pecado del mundo" y "**Luz de las gentes**".

El Cordero y Siervo de Dios

Acerca del título de "Cordero de Dios" (en griego: *amnos tou Theou*) aplicado a Cristo sólo se encuentra en este texto del Evangelio de Juan **(Jn 1,29.36)** y, en forma incompleta, sólo con el término *amnos*, en otras dos citas del Nuevo Testamento (Hch 8,32; 1Pe 1,19). A partir de estos textos la figura del "Cordero de Dios" se puede interpretar como una referencia al **Siervo de Dios** de Is 53,7 (sufriente, humilde y no violento, al igual que en Hch 8,32) y al Cordero pascual (aludido en 1Pe 1,19), como imagen referida a Cristo cuya sangre tan valiosa en su pasión, como de cordero intachable, es liberadora (cf. Ex 12,5). A través de esta representación de Cristo se puede percibir una tradición primitiva cristiana de origen palestinense, de carácter litúrgico, basada en la **tipología de la pascua israelita**.

El Siervo de Dios consigue la liberación del pecado

Teniendo en cuenta la referencia al **Siervo de Dios** en Is 52,3, donde explícitamente queda excluido el precio de un rescate, la orientación de la imagen del Cordero de Dios no lleva consigo tanto la idea de la expiación como la de **la liberación**, propia del libro del Éxodo (cf. Ex 12,5), de modo que la liberación consiste en **quitar el pecado del mundo,** el de la humanidad entera, **por medio de la Pasión** y de una vez para siempre, **rehabilitando** a los hombres como hijos de Dios y **capacitándolos** para no pecar más y vivir la Nueva Alianza con Dios. Por ello el Cordero de Dios es el Siervo sufriente de la Cruz, que libera a los hombres del dominio del pecado y los regenera al bautizarlos con Espíritu Santo.

Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo

Así, **la liberación del pecado**, realizada por Cristo, el Cordero de Dios, se ha llevado a cabo en la humanidad y es experimentada en los creyentes **por medio la fe**, sigue el prototipo de la liberación de la esclavitud de Egipto y de la liberación del destierro, pero la trasciende sobremanera al referirla al **pecado del mundo**. Y de ahí puede derivarse también el **sentido triunfante** que contiene la figura del cordero soberano, muy frecuente en el libro del Apocalipsis, pero ya con otro término distinto (en griego: ***arnion***). A este Cristo vencedor en la cruz y a través

de la Pasión es al que invocamos en la oración litúrgica: "*Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo"*

Luz de las gentes: Cristo y su Iglesia

Por otra parte, la expresión *"luz de las gentes"* tiene su origen también en el profeta Isaías y aparece siempre en los textos del **Siervo de Dios** (Is 42, 6; 49, 6; 51, 4). El Nuevo Testamento toma esta imagen y la atribuye a **Jesús** cuando Simeón se encuentra con él en el templo (Lc 2, 32), y a Pablo y Bernabé en los comienzos de la misión evangelizadora de los paganos (Hch 13, 47). Ser *luz de las gentes* es uno de los atributos esenciales de **la Iglesia**, porque lo era su fundador y porque lo era la Iglesia naciente. Por eso el Concilio Vaticano II comenzaba así también una de sus cuatro grandes Constituciones, la dedicada a la Iglesia, la Lumen Gentium: "Cristo es la luz de las gentes". La asamblea conciliar revisaba y exponía la identidad de la Iglesia, manifestándose ante el mundo como signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de todo el género humano, y reflejaba así su naturaleza y su misión universal. Por tanto, *Cristo y su Iglesia son Luz de las gentes.*

Misión profética y universal del Siervo

El segundo cántico del Siervo de Dios (Is 49, 1–13) tiene su centro en esta proclamación: "Es poco que seas mi siervo, (…) Te hago luz de las gentes, para que mi salvación alcance hasta el confín de la tierra". Todo el poema describe la vocación y la **misión profética del Siervo**: la llamada originaria de Dios, el encargo de transmitir su palabra crítica, como espada y como flecha, sobre las realidades cercanas y lejanas, el fracaso aparente del servidor y la confirmación de su misión de parte de Dios, haciéndola extensiva a todas las gentes.

La liberación de los cautivos y el consuelo de los desamparados

Sin atenuar el carácter propio de Siervo de Dios, el texto resalta, sin embargo, su función como **luz para todas las gentes**, de modo que se haga visible la **liberación de los cautivos** y el **consuelo de los desamparados** de toda la tierra. Con esta figura profética del Siervo podemos considerar la misión profética y testimonial de la Iglesia actual, particularmente en Latinoamérica, donde estamos embarcados en la tarea evangelizadora y misionera específica de la Misión Permanente y en la iluminación particular de los procesos políticos y sociales que se están dando en este momento en una tierra latinoamericana en verdadera convulsión, tal como reflejan los acontecimientos más recientes en Bolivia, Brasil y Perú.

La naturaleza misionera de la Iglesia

La Iglesia, toda ella, está llamada a ser también luz de las gentes, es decir, **signo creíble de salvación** para las gentes de nuestro tiempo y en todos lugares de la tierra. En este sentido, cuando el papa **Francisco** ha insistido en la **naturaleza misionera** de la Iglesia ha expresado que la gracia de la **misionariedad** es la gracia de "salir de sí y del peregrinar" (EG 124). Por eso exhorta abierta y decididamente: "Salgamos, salgamos a ofrecer a todos la vida de Jesucristo. […]. Prefiero una iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades." (EG 49). Podemos congratularnos sobremanera con el testimonio específico de mujeres y hombres que por toda la tierra difunden la luz del Espíritu, mediante la entrega de su vida a los que sufren y a los empobrecidos por el sistema social, generador de exclusión y de descarte, en el que estamos inmersos.

La Iglesia más misionera, pobre y al servicio de los pobres

Podemos estar **agradecidos a Dios,** e incluso sanamente **orgullosos,** de pertenecer a una Iglesia en la que un gran número de **misioneras y misioneros esparcidos** por el mundo constituyen una fuerza espiritual radiante, cuya luz está indicando, como Juan el Bautista, que Jesús es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo y que libera a la humanidad con el don del Espíritu, porque Él es el Hijo de Dios. Esta Iglesia misionera, alineada con los **pobres**, por amor a Dios y al prójimo necesitado, y **servidora de los pobres**, hace visible por doquier que toda la Iglesia, unida a Jesucristo, es también "luz de las gentes", es decir, una **instancia crítica permanente** ante los poderes políticos y económicos y muestra a Cristo como Cordero pascual que quita el pecado del mundo (Jn 1,29–34) y cuya sangre, desde la tradición del éxodo, es la señal de la liberación humana definitiva y de la nueva vida en el Espíritu.

La misión de todo cristiano es dar testimonio del Hijo de Dios

Nosotros, los cristianos, tenemos la oportunidad de dar **testimonio** de que Jesús es el **Hijo de Dios,** pero denunciando al mismo tiempo, como el Bautista, todo tipo de injusticias. Con esta perspectiva de ser como Cristo, con Cristo y en Cristo, "luz de las gentes", una Iglesia servidora y misionera, auguramos que todos los católicos, tanto en América como en todo el mundo, dejemos transformar nuestro interior por el **Espíritu del Siervo de Dios** y por Jesucristo, Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, a fin de hacer de nuestra **Iglesia,** unida en la alegría de Jesucristo, una verdadera **Luz de las Gentes**.

José Cervantes Gabarrón, sacerdote misionero y profesor de Sagrada Escritura